

CUENTOS RAROS E INQUIETANTES

ILUSTRADO POR MARCELO ORSI BLANCO



ESTE LIBRO PERTENECE A:



© Eudeba 2014

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Cuentos raros e inquietantes / Samanta Schweblin ... [et.al.] ; compilado por María Elena Cuter y Cinthia Kuperman ; ilustrado por Marcelo Orsi Blanco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba; Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2014.
48 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-2350-3

1. Literatura Infantil Argentina. I. Schweblin, Samanta II. Cuter, María Elena, comp. III. Kuperman, Cinthia, comp. IV. Orsi Blanco, Marcelo, ilus.
CDD A863.928 2

ÍNDICE

Prólogo	5
Perdiendo velocidad	7
<i>Samanta Schweblin</i>	
Don Chico que vuela	11
<i>Eraclio Zepeda</i>	
Relaciones peligrosas	18
<i>Marcelo Birmajer</i>	
La fraternidad entre tigres	20
<i>Álvaro Yunque</i>	
La sentencia	22
<i>Wu Ch'eng-en</i>	
Naufragio	24
<i>Ana María Shua</i>	
El dinosaurio	26
<i>Augusto Monterroso</i>	
Sueño con el dinosaurio	27
<i>Mempo Giardinelli</i>	
El hombre invisible	28
<i>Gabriel Jiménez Emán</i>	
El leve Pedro	29
<i>Enrique Anderson Imbert</i>	
Sennin	35
<i>Ryunosuke Akutagawa</i>	
Para saber sobre.....	46



PRÓLOGO

Desde el origen de los tiempos, en cada cosa que una persona le dijo a otra, estuvo desde siempre la intención de contar y el arte de contar.

En todas las épocas y todas las culturas la transmisión de las ideas, las costumbres y la memoria de cada grupo humano fue una narración, adaptándose ella a cada pueblo y cada civilización. Y así el devenir mismo de la humanidad resultó un relato maravilloso, lleno de acción y heroísmo, de voluntad y asombro, de poesía y encantamiento.

El cuento es la forma hablada o escrita más popular del género humano. Su largo recorrido empezó con las fábulas que contaba el esclavo Esopo y que después fascinaron a todos los pueblos. Por eso desde muy antiguamente las naciones adoptaron las formas narrativas para todo: la política, la historia, la filosofía, la oratoria. Y después las culturas greco-latinas lo constituyeron en Literatura, entendida ésta como la historia de la vida humana contada por escrito.

Y de entre los distintos géneros en que esa interminable narración se dividió, hubo uno que siempre funcionó como atractivo fantástico para los chicos de todas las épocas: el género de los cuentos raros, misteriosos, enigmáticos, sorprendentes en su resolución.

Quizás porque los seres humanos nos creemos tan perfectos, sin serlo, sólo en la sorprendente literatura admitimos nuestra pequeñez y nuestras debilidades. Esas naturales limitaciones que, casi siempre, nos hacen mejores personas.

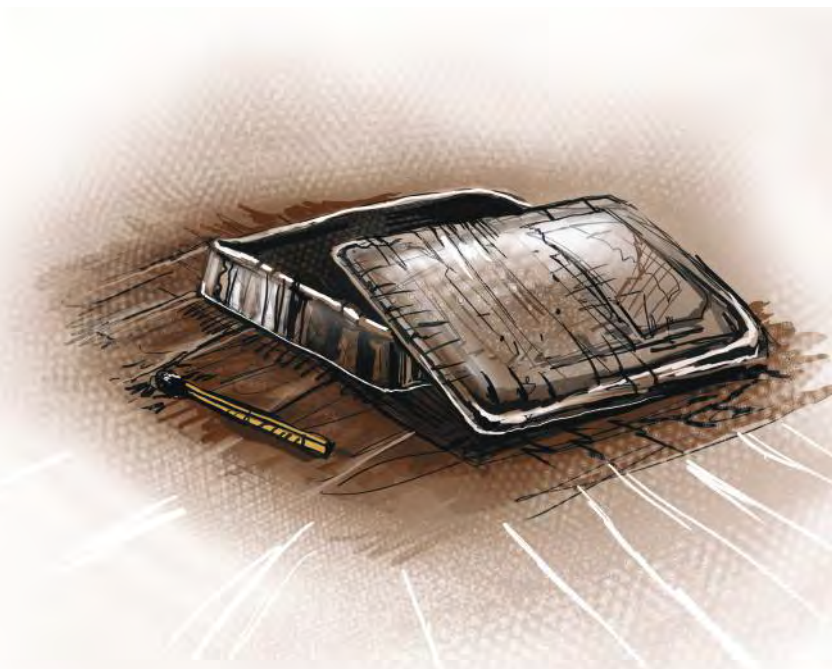
Ha de ser por eso que la gente no puede vivir sin contar lo que le pasa, lo que observa, lo que piensa y, por si fuera poco, lo que le contaron. Siempre que uno cuenta algo, encuentra a otro que presta atención.

Quienes trabajamos en este libro soñamos con que ustedes entraran a este mundo con cuentos preciosos. A ver si acertamos. Pasen y lean. Y después nos cuentan.

MEMPO GIARDINELLI

PERDIENDO VELOCIDAD

Samanta Schweblin



Tego se hizo unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

—Estoy preocupado —dijo—, creo que estoy perdiendo velocidad.

Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —dije—, todavía estoy demasiado dormido.

—¿No viste lo que tardo en atender el teléfono? En atender la puerta, en tomar un vaso de agua, en cepillarme los dientes... Es un calvario.

Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero escuchábamos el clamor. Las cortinas aterciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena. Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se escuchaba entonces eran los paquetes de pochoclo y alguna tos nerviosa. Sacaba de mis bolsillos los fósforos. Los llevaba en una caja de plata, que todavía conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que podía verse desde el último escalón de las gradas. La abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la base de la caja. En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la soga. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados. Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría —el público atento a la mecha que se consumía—, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para pensar, o para descansar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta el umbral de la cocina, y se detuvo.

—Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad —dijo.



Miró los huevos.

—Creo que me estoy por morir.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

—Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que uno mejor sabe hacer —dijo—. Eso estuve pensando, que uno se muere.

Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos, después de eso dio tres pasos torpes hacia el living, y cayó muerto en el piso.

Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos con Tego junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada. Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte, pero ya no tengo ganas de seguir hablando de eso, y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

—¿Café? —pregunto.

—¡Claro! —dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad. Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata, para encender el fuego, varias veces, y nada sucede.



DON CHICO QUE VUELA

Eraclio Zepeda



Te paras al borde del abismo y ves al pueblo vecino, enfrente, en el cerro que se empina entre tus ojos, subiendo entre nubes bajas y neblinas altas: adivinas los ires y venires de su gente, sus oficios, sus destinos. Sabes que en la línea recta está muy cerca. Si caminaras al aire, en un puente de hamaca, suspendido entre los cerros, podrías llegar como el pensamiento, en un instante.

Y sin embargo el camino real, el camino verdadero, te desploma hasta los pies del cerro, bajando por vericuetos difíciles, entre barrancas y cascadas, entre piedras y caídas, hasta llegar al fondo de la quebrada donde corre espumeando el gran caudal del río que debes cruzar a fuerza, para iniciar el ascenso metro tras metro. Muchas horas después llegas cansado, lleno de sudor y lodo y volteas la cabeza para ver tu propio pueblo a distancia, como antes viste la plaza en la que estás ahora.

Ahí es donde le das la razón a don Pacífico Muñoz, don Chico, quien no soporta estas distancias que tú has caminado y dice que ir a pie es inútil y a caballo tontería, que para estas tierras volar es indispensable.

Hace años que le escuchaste los primeros proyectos de vuelo y contravuelo. Fue cuando sentado, como tú ahora, al borde del abismo, viendo al otro pueblo, dijo dándose un manotazo en las rodillas:

—Si no es tanto lo encogido de estas tierras sino lo arrugado. Montañas y montañas acrecentando las distancias. Si a este estado lo plancharan le ganábamos a Chihuahua... ¡Y ya vuelto llano a caminar más rápido! Pero así como estamos, sólo vueltos pájaros para volar quisiéramos.

Y así fue como la locura del vuelo se le fue colocando entre oreja y oreja a don Chico, como un sombrero de ensueño.

Volar fue la única pasión que le impulsaba en el día, a otro día, a otro mes, para seguir viviendo un año y otro año más. Si no fuera por el ansia del vuelo habría muerto de tristeza desde hace mucho tiempo, como tú me comentaste el otro día.

Don Chico subía, tú lo viste muchas veces, al cerro más alto para contemplar las distantes montañas azules y perdidas entre el vaho que viene de la selva. Allí sentado en la piedra donde escribió su nombre, tú escuchaste muchas veces a don Chico:

—La tierra desde el aire está al alcance de la mano. Los caminos son más fáciles al vuelo. Qué cerca están los mercados y las plazas a ojo de pájaro. Los valles y los ríos y las cañadas y cañones, los campos sembrados, los ganados en potreros lejanos, las ciudades nuevas y las viejas construcciones perdidas en la selva y al fondo el mar.

Don Chico inventaba una prodigiosa geografía expuesta a los ojos en vuelo, ávidos ojos tratando de reconocer ranchos y rancherías, vados y ríos, caminos, pueblos, lagos y montañas vistas desde arriba, desde el sueño, desde el aire de un sueño.

Don Chico regresa al pueblo, con la boca seca, abrasada por la



fiebre de la aventura que le espesa la lengua, le ves llegar a la plaza y tomar de la fuente agua con las manos, enjuagarse, refrescarse la cara y declarar muy serio:

—Señoras y señores, voy a volar...

Recordarás como todos subimos y bajamos la cabeza para decirle que sí, que cómo no, que claro don Chico que vuela, y por dentro sentiste la risa alborotando el pecho y la barriga y tú aguantándote.

Don Chico entró a su casa, cogió una gallina, la pesó minuciosamente, anotó la lectura de la báscula, midió la distancia que va de punta a punta de las alas, anotó eso también, acarició a la gallina y la regresó al corral.

Inventó un complicado cálculo para conocer la secreta relación existente entre el peso del animal y el tamaño de las alas que permite vencer la gravedad y levantar el vuelo.

Don Chico dudó un instante si era adecuado tomar una gallina para tal experimento. Una paloma de vuelo largo habría sido mejor. Pero en su corral no había palomas.

Habiendo encontrado la fórmula que explica la relación entre el peso de la gallina y el tamaño de sus alas, se pesó él mismo, anotó la lectura y, aplicando la fórmula descubierta, calculó el tamaño de las alas que habría de construirse para poder volar. Apuntó la cifra en su libreta, se frotó las manos y se fue al parque.

El problema era ahora el diseño de las alas. Pensó que el mejor material era el carrizo, ligero y fuerte. Se detuvo un momento para dibujar con un palito sobre la tierra el esquema de su estructura. Satisfecho lo borró con el pie izquierdo y grabado en la memoria lo llevó a su casa. Para recubrir la estructura nada mejor que el tejido del petate, la dúctil alfombra de palma.

Una vez que hubo construido las alas, descubrió molesto que eran pesadas para sus fuerzas. Recordó la relación entre las alas y el peso de la gallina y no se atrevió a modificarla.

Se suscribió a una revista sueca donde aparecían lecciones de gimnasia y dedicó algunos años a esta dura disciplina. Satisfecho sintió cómo

aumentaban sus bíceps, crecían sus tríceps, se endurecían sus músculos abdominales, se marcaban nítidamente los dorsales y una potencia sentía nacer don Chico desde el centro de su cuerpo.

En el año sexto de su experimento movía con destreza las alas. Con sus brazos aleteaba con movimientos llenos de gracia, en un simulacro de vuelo, no de gallina torpe sino de agilísima paloma.

En el pueblo había un orgullo compartido. Don Chico prometió volar antes de las fiestas patrias y se le invitaba a los patios a simular el arte complejo del vuelo. Acudía siempre hasta que descubrió que tales convivios no eran nacidos de la admiración a su técnica sino tan sólo el interés de producir ventarrones en el patio que barrieran de hojas y basura todo el pozo.

Unos días antes de las fiestas patrias alguien levantó la cabeza. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús el primero que lo vio. Lo que sí se sabe que al instante todo el pueblo levantó la cabeza y vimos a don Chico arriba del campanario con las alas puestas, iniciando cauteloso el aleteo que habría de conducirlo a la gloria. Detenía a veces el movimiento. Se mojaba con saliva el dedo y comprobaba la dirección del viento, abría de par en par las alas y descansaba la cabeza sobre el hombro, semejante a nuestro viejo escudo nacional. De pronto reinició el aleteo, arresortó la pierna derecha contra el muro del campanario para tomar impulso, apuntó el pie izquierdo hacia El Porvenir, que tal era el nombre de la cantina que está enfrente de la iglesia, y se dispuso a iniciar la epopeya. Alguien le preguntó tocándole la punta del ala izquierda:

—¿Va usted a volar, don Chico?

—Seguro —respondió.

—¿Y... llegará lejos, don Chico?

—Lejísimo.

—¿Y de altura, don Chico?

—Altísimo.

—¿Al cielo llegará, don Chico?

—Al cielo mismo.



La cara de aquel que preguntaba se iluminó:

—Por vida suya, don Chico, llévele al cielo este queso a mi mamá que se murió con el antojo.

Don Chico aceptó con ligereza el queso, buscando deshacerse del impertinente sin considerar el error que habría cometido.

No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús, el primero que hizo el encargo al otro mundo. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo subió al campanario y don Chico siguió aceptando quesos y chorizos, dulces y aguardiente, tostadas y jamones para llevar al cielo.

Cuando don Chico resorteó la pierna derecha, siguiendo la dirección al Porvenir, abrió el espectáculo grandioso de sus alas. El pueblo escuchó el estruendo de carrizos rompiéndose y petates rasgándose en el aire y quesos rodando por la calle.

Cuando el silencio volvió, alguien dijo:

—Lo mató el sobrepeso. Si no fuera por los encarguitos, don Chico vuela.

RELACIONES PELIGROSAS

Marcelo Birmajer



Una cierva se enamoró de un tigre. Temía acercarse a su amado, eficaz cazador. Cierta tarde, decidida a morir devorada antes que de amor, oculta tras unas ramas, dijo a su amado enemigo:

—Oh, tigre, te amo. Dame una oportunidad. Mírame y permíteme escapar si no te agrado.

—Bueno —aceptó el tigre, que ya había comido.

Atravesó las ramas tras las que se ocultaba la cierva, y permaneció mirándola durante un largo rato. Luego la cierva propuso casamiento y el tigre aceptó.

En la fiesta de enlace, cuando los ciervos hubieron bailado y bebido (los tigres no fueron, pues desaprobaban la boda), el tigre se lanzó sobre los amigos y familiares de su reciente esposa, y comenzó a devorarlos uno por uno sin dificultades.

—¿Qué haces? —gritó desesperada la cierva cuando ya quedaban pocos de los suyos.

—Si te enamoras de tu enemigo —dijo el tigre—, ten al menos la fidelidad de abandonar a tus amigos.





LA FRATERNIDAD ENTRE TIGRES

Álvaro Yunque

Dos tigres hermanos, siendo cachorros, se trabaron en lucha por una presa. Uno de ellos le sacó un ojo al otro.

Pasó el tiempo. Años después se encontraron y dijo el tigre heridor:

—¡Querido hermano!

Y corrió a abrazar al tuerto. Mas éste, receloso, contuvo su efusión.

—¡Querido hermano! —exclamó el otro—. ¿Aún me tenés rencor? ¡Yo estoy arrepentido de lo que hice! Es necesario que me perdones, que seamos amigos.

—Sí —respondió el tuerto—. Todo eso es muy bonito; pero soy yo a quien le falta un ojo. Yo quisiera ser tu amigo y perdonarte, pero cuando me acuerdo de que me falta un ojo, me es imposible quererte.

—¡Estoy arrepentido! —gimió el otro.

—Bueno, si es tanto tu dolor y tu deseo de volver a mi cariño —arguyó el tuerto—, podés llegar a ser mi amigo muy sencillamente. Nada más que con un pequeño sacrificio.

—¿Cuál?

—Dejando que yo te saque un ojo a vos. ¿Querés? A cambio de un ojo, ¡una insignificancia!, reconquistás a un hermano.

El otro no aceptó.



LA SENTENCIA

Wu Ch'eng-en

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló ante sus pies y le pidió amparo.

El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó a buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez.

La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra.

Poco después interrumpieron los capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron.

—Cayó del cielo.


Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba un dragón así.



NAUFRAGIO

Ana María Shua



¡Arriad el foque!, ordena el capitán. ¡Arriad el foque!, repite el segundo. ¡Orzad a estribor!, grita el capitán. ¡Orzad a estribor!, repite el segundo. ¡Cuidado con el bauprés!, grita el capitán. ¡El bauprés!, repite el segundo. ¡Abatid el palo de mesana!, grita el capitán. ¡El palo de mesana!, repite el segundo. Entretanto, la tormenta arrecia y los marineros corremos de un lado a otro de la cubierta, desconcertados. Si no encontramos pronto un diccionario, nos vamos a pique sin remedio.





EL DINOSAURIO

Augusto Monterroso

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.



SUEÑO CON EL DINOSAURIO

Mempo Giardinelli

A la memoria de Tito Monterroso, obviamente

Cuando despertó, el dinosaurio huyó despavorido.

EL HOMBRE INVISIBLE

Gabriel Jiménez Emán

Aquel hombre era invisible, pero nadie se percató de ello.



EL LEVE PEDRO

Enrique Anderson Imbert



Durante dos meses se asomó a la muerte.

El médico murmuraba que la enfermedad de Pedro era nueva, que no había modo de tratarla y que él no sabía qué hacer... Por suerte el enfermo, solito, se fue curando. No había perdido su buen humor, su oronda calma provinciana. Demasiado flaco y eso era todo. Pero al levantarse después de varias semanas de convalecencia se sintió sin peso.

—Oye —le dijo a su mujer—, me siento bien pero no te puedes imaginar cuán ausente me parece el cuerpo. Estoy como si mis envolturas fueran a desprenderse dejándome el alma desnuda.

—Languideces —le respondió su mujer.

—Tal vez.

Siguió recobrándose. Ya paseaba por el caserón, atendía el hambre de las gallinas y de los cerdos, dio una mano de pintura verde a la pajarera bulliciosa y aún se animó a hachar la leña y llevarla en carretilla hasta el galpón. Pero según pasaban los días las carnes de Pedro perdían densidad. Algo muy raro le iba minando, socavando, vaciando el cuerpo. Se sentía con una ingravidez portentosa. Era la ingravidez de la chispa y de la burbuja, del globo y de la pelota. Le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, tomar de un brinco la manzana alta.

—Te has mejorado tanto —observaba su mujer— que pareces un chiquillo acróbata.

Una mañana Pedro se asustó. Hasta entonces su agilidad le había preocupado, pero todo ocurría como Dios manda. Era extraordinario que, sin proponérselo, convirtiera la marcha de los humanos en una triunfal carrera en volantas sobre la quinta. Era extraordinario pero no milagroso. Lo milagroso apareció esa mañana.

Muy tempranito fue al potrero. Caminaba con pasos contenidos porque ya sabía que en cuanto taconeara iría dando botes por el corral. Arremangó la camisa, acomodó un tronco, tomó el hacha y asestó el primer golpe. Y entonces, rechazado por el impulso de su propio hachazo, Pedro levantó vuelo. Prendido todavía del hacha, quedó un instante en suspensión, levitando allá, a la altura de los techos; y luego bajó lentamente, bajó como un tenue vilano de cardo.

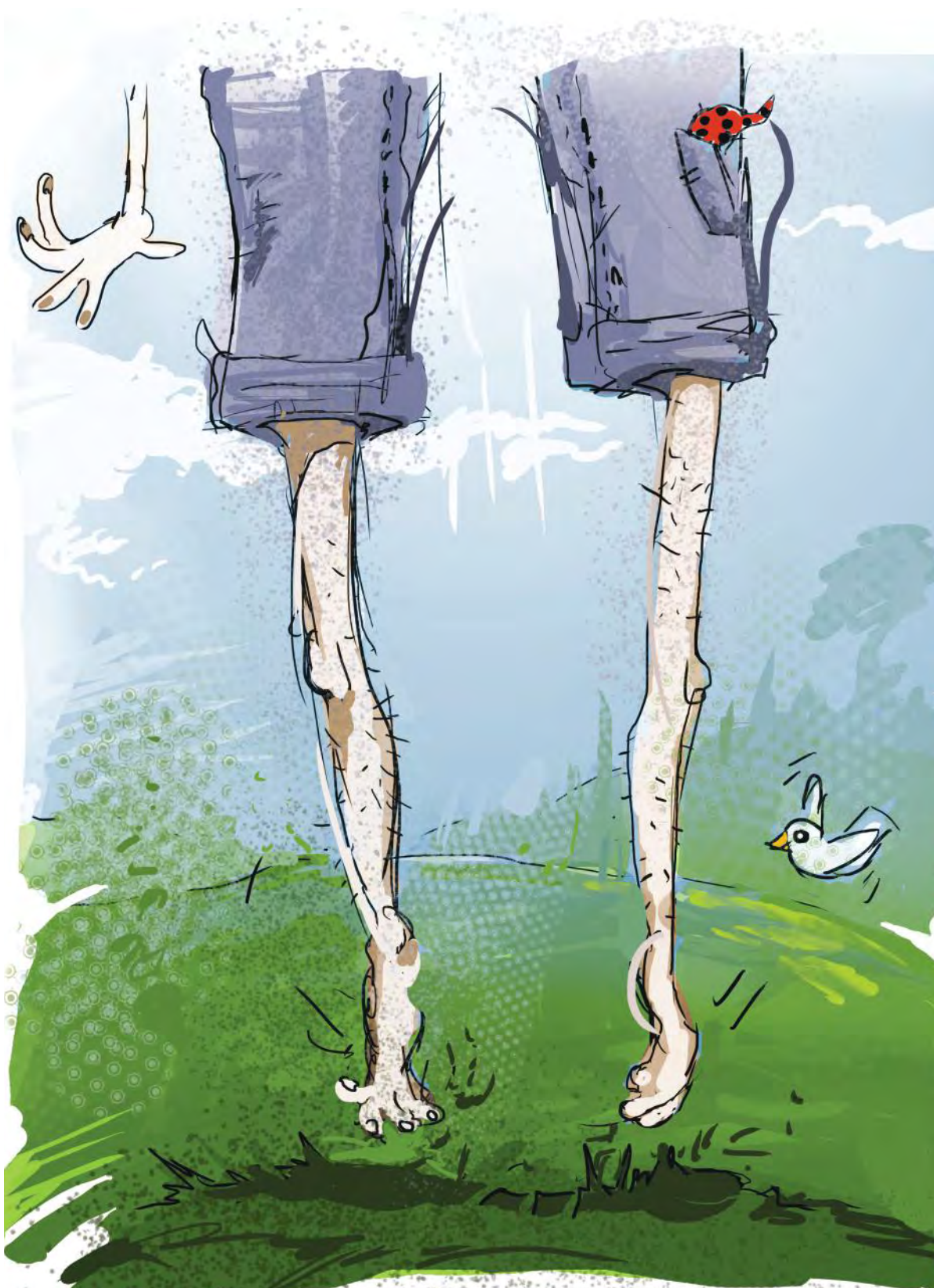
Acudió su mujer cuando Pedro ya había descendido y, con una palidez de muerte, temblaba agarrado a un rollizo tronco.

—¡Hebe! ¡Casi me caigo al cielo!

—Tonterías. No puedes caerte al cielo. Nadie se cae al cielo. ¿Qué te ha pasado?

Pedro explicó la cosa a su mujer y ésta, sin asombro, le reconvino:

—Te sucede por hacerte el acróbata. Ya te lo he prevenido. El día menos pensado te desnucará en una de tus piruetas.





—¡No, no! —insistió Pedro—. Ahora es diferente. Me resbalé. El cielo es un precipicio, Hebe.

Pedro soltó el tronco que lo anclaba pero se asió fuertemente a su mujer. Así abrazados volvieron a la casa.

—¡Hombre! —le dijo Hebe, que sentía el cuerpo de su marido pegado al suyo como el de un animal extrañamente joven y salvaje, con ansias de huir en vertiginoso galope—. ¡Hombre, déjate de hacer fuerza, que me arrastras! Das unos pasos como si quisieras echarte a volar.

—¿Has visto, has visto? Algo horrible me está amenazando, Hebe. Un esguince, y ya empieza la ascensión.

Esa tarde Pedro, que estaba apoltronado en el patio, leyendo las historietas del periódico, se rió convulsivamente. Y con la propulsión de ese motor alegre fue elevándose como un ludión, como un buzo que se quitara las suelas. La risa se trocó en terror y Hebe acudió otra vez a las voces de su marido. Alcanzó a tomarlo de los pantalones y lo atrajo a la tierra. Ya no había duda. Hebe le llenó los bolsillos con grandes tuercas, caños de plomo y piedras; y estos pesos por el momento le dieron a su cuerpo la solidez necesaria para tranquear por la galería y empinarse por la escalera de su cuarto. Lo difícil fue desvestirlo. Cuando Hebe le quitó los hierros y el plomo, Pedro, fluctuante sobre las sábanas, se entrelazó a los barrotes de la cama y le advirtió:

—¡Cuidado, Hebe! Vamos a hacerlo despacito porque no quiero dormir en el techo.

—Mañana mismo llamaremos al médico.

—Si consigo estar quieto no me ocurrirá nada. Solamente cuando me agito me hago aeronauta.

Con mil precauciones pudo acostarse y se sintió seguro.

—¿Tienes ganas de subir?

—No. Estoy bien.

Se dieron las buenas noches y Hebe apagó la luz.

Al otro día cuando Hebe despegó los ojos vio a Pedro durmiendo como un bendito, con la cara pegada al techo. Parecía un globo escapado de las manos de un niño.

—¡Pedro, Pedro! —gritó aterrorizada.

Al fin Pedro despertó, dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de saltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo. Pero el techo lo succionaba como succionaba el suelo a Hebe.

—Tendrás que atarme de una pierna y amarrarme al ropero hasta que llames al doctor y vea qué me pasa.

Hebe buscó una cuerda y una escalera, ató un pie a su marido y se puso a tirar con todo el ánimo. El cuerpo adosado al techo se removió como un lento dirigible. Aterrizaba.

En eso se coló por la puerta un correntón de aire que ladeó la leve corporeidad de Pedro y, como a una pluma, la sopló por la ventana abierta. Ocurrió en un segundo. Hebe lanzó un grito y la cuerda se le escapó de las manos. Cuando corrió a la ventana ya su marido, desvanecido, subía por el aire inocente de la mañana, subía en suave contoneo como un globo de color fugitivo en un día de fiesta, perdido para siempre, en viaje al infinito. Se hizo un punto y luego nada.



SENNIN

Ryunosuke Akutagawa



Un hombre que quería emplearse como sirviente llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre, lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo.

Este hombre –que nosotros llamaremos Gonsuké– fue a una agencia de COLOCACIONES PARA CUALQUIER TRABAJO, y dijo al empleado que estaba fumando su larga pipa de bambú:

–Por favor, señor Empleado, yo desearía ser un Sennin*. ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente?

* La palabra Sennin, tomada por los japoneses del idioma chino, refiere a un ermitaño sagrado que vive en el corazón de una montaña, y que tiene poderes mágicos (como el de volar cuando quiere y disfrutar de una extrema longevidad).

El empleado, atónito, quedó sin habla durante un rato por el ambicioso pedido de su cliente.

—¿No me oyó usted, señor Empleado? —dijo Gonsuké—. Yo deseo ser un Sennin. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

—Lamentamos desilusionarlo —musitó el empleado, volviendo a fumar su olvidada pipa—, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de Sennin. Si usted fuera a otra agencia, quizá...

Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

—Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel COLOCACIONES PARA CUALQUIER TRABAJO? Puesto que promete cualquier trabajo, usted debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionalmente, si no lo cumple.

Frente a un argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

—Puedo asegurarle, señor Forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto —se apresuró a alegar el empleado—, pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa y logró, por el momento al menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un Sennin. De modo que al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino.

Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

—Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un Sennin, con rapidez?



Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta, conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

—Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos Sennin.

—¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo que algo relaciona a un doctor con un Sennin.

El empleado, que felizmente ignoraba los designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo.

Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer, le regañó malhumorado:

—Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita promesa después de tantos años?

La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:

—Estúpido. Mejor no te metas. Un tonto tan estúpidamente atolondrado como tú, apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de *te comeré o me comerás*, para mantener alma y cuerpo unidos.

Esta frase hizo callar a su marido.

A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con *haori* y *hakama**, quizá en honor de tan importante ocasión. Gonsuké

* Haori y hakama: la primera es una prenda formal, parecida a una chaqueta corta hasta la cintura, que se lleva sobre el kimono y se usa solamente en exteriores, para protegerse del frío. Hakama es un pantalón largo y amplio, con pliegues, especialmente usado por los samurái.







aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a Sennin. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:

—Me dijeron que usted desea ser un Sennin, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.

—Bien, señor, no es mucho lo que puedo decirle —replicó Gonsuké—. Realmente fue muy simple: cuando vine por primera vez a esta ciudad y miré el gran castillo, pensé de esta manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive allá, debe morir algún día; que usted puede vivir suntuosamente, pero aún así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... justamente lo que sentía en ese instante.

—Entonces —prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación—, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un Sennin?

—Sí, señora, con tal de serlo.

—Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.

—¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.

—Pero —añadió ella—, de aquí a veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?

—Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.

De esta manera empezaron a transcurrir los veinte años que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo, tenía que seguir al doctor en sus visitas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Por todo este trabajo, Gonsuké no pidió un solo centavo. En verdad, en todo el Japón, no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.

Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado *haori* como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa.

Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años.

—Y ahora, señor —prosiguió Gonsuké—. ¿Quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser Sennin y alcanzar juventud eterna e inmortalidad?

—Y ahora ¿qué hacemos? —suspiró el doctor al oír el pedido.

Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decir ahora a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los Sennin? El doctor se desentendió diciendo que no era él sino su mujer quien sabía los secretos.

—Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga —concluyó el doctor y se alejó torpemente.

La mujer, sin embargo, suave e imperturbable, dijo:

–Muy bien, entonces se lo enseñaré yo, pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un Sennin; y además, tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.

–Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea –contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.

–Bueno –dijo ella–, entonces trepe a ese pino del jardín.

Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para asegurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.

–Más alto –le gritaba ella–, más alto, hasta la cima.

De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su *haori* flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto.

–Ahora suelte la mano derecha.

Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y cautelosamente dejó libre la derecha.

–Suelte también la mano izquierda.

–Ven, ven, mi buena mujer –dijo al fin su marido atisbando las alturas–. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.

–En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡Eh! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?

En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama, ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer





retomaron aliento, Gonsuké y su *haori* se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... Pero, ¿qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo! ¡Se detuvo! en medio del aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.

—Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un Sennin —dijo Gonsuké desde lo alto.



Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.



PARA SABER SOBRE...



Samanta Schweblin nació en Buenos Aires, en 1978 y es una de las escritoras más notables de la actualidad. En 2008 obtuvo el premio Casa de las Américas, en Cuba, por su libro de cuentos *Pájaros en la boca*, rápidamente traducido a varias lenguas. Su obra es breve todavía, pero de aguda imaginación y originalidad.

Eraclio Zepeda nació en Chiapas, México, en 1937. Es un escritor, poeta y político mexicano de gran popularidad. Su obra recoge tradiciones y costumbres de los pueblos indígenas del sur de su país, con musicalidad y encanto notables. Algunos de sus títulos cuentísticos más representativos son *Benzulul*, *Andando el tiempo* y *Horas de vuelo*.

Marcelo Birmajer nació en Buenos Aires en 1966 y es un reconocido escritor, periodista y guionista de cine. Ha trabajado en todos los géneros literarios y recibido numerosos premios, menciones y becas. Algunos títulos de sus novelas: *Un crimen secundario*, *El fuego más alto* y *Tres mosqueteros*; y de sus libros de cuentos: *Fábulas salvajes*, *Garfios* y *Mitos y recuerdos*.

Álvaro Yunque fue el seudónimo de Arístides Gandolfi (La Plata, 1889 - Tandil, 1982), uno de los escritores más representativos de los años '20 y del Grupo Boedo. Anarquista de origen, practicó una literatura realista plena de inquietudes sociales y reconocimiento a los trabajadores, los desposeídos y los niños. Cuentista, dramaturgo, historiador, ensayista y poeta, su obra se compone de unos 50 cincuenta títulos publicados y otros tantos inéditos.

Augusto Monterroso (Tegucigalpa, Honduras, 1921 - México, 2003) es considerado el más importante escritor minimalista de América, cultor y maestro del cuento breve y brevísimo. Vivió gran parte de su vida en Guatemala, de donde tuvo que exiliarse a México en 1954. La parodia y el humor negro fueron sus principales características y es célebre por “El dinosaurio”, que se considera el cuento más breve del mundo. Entre sus títulos más relevantes: *La oveja negra y demás fábulas*, *Movimiento perpetuo*, *Lo demás es silencio* y *La palabra mágica*.

Mempo Giardinelli nació en Resistencia, Chaco, en 1947. Es novelista y cuentista, aunque también es autor de ensayos y ejerce el periodismo en diarios y revistas. Recibió diversos premios, entre ellos el Rómulo Gallegos en 1993. Entre sus títulos: *La revolución en bicicleta*, *Luna caliente*, *Santo Oficio de la Memoria*, *Vidas ejemplares* y *otros cuentos* y *9 historias de amor*.

Gabriel Jiménez Emán nació en Caracas, Venezuela, en 1950. Es un narrador y poeta de enorme prestigio. Dirige la revista *Imagen*, que es un faro cultural en su país desde hace décadas. De sus muchos títulos destacan: *Salto sobre la soga*, *Relatos de otro mundo*, *Tramas imaginarias*, *El hombre de los pies perdidos* y *Había una vez. 101 fábulas posmodernas*.

Ana María Shua nació en Buenos Aires, en 1951. Es una prolífica escritora, dueña de un enorme sentido del humor y la ironía. Ha publicado cuentos, novelas y poesías. Algunos títulos: *Los amores de Laurita*, *Soy paciente*, *La muerte como efecto secundario* y los más recientes: *Botánica del caos* y *Fenómenos*

de circo. Algunos de sus libros fueron llevados al cine y es también autora de minificciones reunidas en los libros *Viajando se conoce gente*, *La sueñera* y *Casa de geishas*. Recibió diversos premios y su obra fue traducida a varios idiomas.

Wu Ch'eng-en (1505-1580) fue un escritor chino que escribió lo que hoy es un clásico de la literatura de su país: *Historia de un viaje a Occidente* o *Mono* (también llamada *Viaje al Oeste*), obra inspirada en el viaje de Hsuan-Tsang, que peregrinó en el siglo VII a la India. Gracias a esta obra, en el Siglo XVI y en China, por primera vez se le asignó a la narrativa carácter literario.

Enrique Anderson Imbert (Córdoba, 1910 - Buenos Aires, 2000) fue un escritor y catedrático de enorme prestigio. Enseñó Literatura en la Universidad Nacional de La Plata, y en los años '50 se radicó en Boston, donde fue profesor en la famosa Universidad de Harvard. También ensayista e investigador de la literatura latinoamericana, el cuento corto fue su pasión. Fue autor de una memorable *Teoría y Práctica del Cuento*, de una *Historia de la literatura latinoamericana*, de muchas antologías críticas y de una rica obra personal.

Ryunosuke Akutagawa (Tokio, Japón, 1892-1927) fue un escritor excepcional que en su corta vida delineó el neo-realismo nipón. Cuentista agudísimo, se interesó por la vida del Japón feudal y deslumbró por su imaginación. Entre sus títulos destacan la sarcástica novela corta *Kappa* y el cuento *Rashomon*, llevado al cine décadas después por el cineasta Akira Kurosawa. También periodista, publicó *El biombo del infierno*, *La muerte del mártir*, *Asesinato de la era Meiji*, *El Cristo de Nankin* y otros cuentos memorables.

Nuestro profundo agradecimiento a los autores que han cedido generosamente los relatos que conforman Cuentos raros e inquietantes. Y nuestro reconocimiento a todas las editoriales por la colaboración prestada para esta publicación.



Peudeba